

El redactor de estas líneas no ha experimentado, sino en muy contadas ocasiones, la comezón de la metrópoli. Siempre ha creído que es la capital de provincia el burgo por antonomasia, la concreción geopolítica que mejor enmarca al hombre de dimensiones anímicas normales. La buena y vieja ciudad, con su Catedral, su Instituto de Enseñanza Media, su regimiento y sus delegaciones ministeriales de acceso llano, proporciona un clima espiritual suave en el que, a favor de la escasa competencia social y los no muy urgentes apremios económicos y representativos, se puede llevar a cabo sin premura y sin agobio el estudio diletantesco, desinteresado. Faltan, a menudo, los medios, pero sobra --o sobra-- el tiempo. Por otra parte, las murallas que cercan a toda buena y vieja ciudad parecen preservar en cierto modo a sus habitantes de la peste espiritual --la codicia-- que infecta las conciencias de los hombres del agro y de la metrópoli. En la ciudad se puede vivir de poco --de la pensión estirada hasta límites absurdos; del jornal fácil; del sueldo corto pero suficiente; del pequeño negocio o del expediente poco arriesgado--, y no se le suele dar a la peseta la caza sin cuartel con que se la persigue en los pueblos y en las capitales millonarias. Se vive bien, cuando no se es tonto ni demasiado joven, en las capitales de provincia; con las urgencias biológicas satisfechas a no mucha costa, el buen burgués puede dedicar el exceso de sus ímpetus al juego. Al deporte; a la caza. Toda actividad humana libre --y de ahí la vigencia eterna de la venación como deporte-- es en el fondo venación pura. Venación urgente e interesada del troglodita o del negro que apetece la carne de la pieza para satisfacción de su apetito, o venación deportiva y desinteresada del hombre civilizado que necesita gastar parte de sus reservas fisiológicas y coleccionar trofeos. El burgués intelectual, cazador también, aprehende conceptos, valores estéticos, y colecciona plácemes, diplomas y comentarios elogiosos de la pequeña prensa de su contorno. El hecho en sí, aunque pudiera parecerlo, no solamente no es ridículo, sino que debe merecer los mejores respetos del espectador con sensibilidad. Ahora bien: si nos gusta la escopeta...

Tartarín de Tarascón era --no cabe duda-- un buen tirador. Lo demostró en la feria de aquel pueblo suizo. Pero no un buen cazador. En Tarascón --recordarlo-- no había caza, y los tarasconeses, en lugar de desplazarse para buscarla, preferían tumbarse a la sombra de un viejo pozo o de un cercado pintoresco, atracarse de buey en adobo y disparar luego contra sus gorras. En las pequeñas capitales de provincia somos muy aficionados también a tumbarnos cerquita y a disparar --a falta de otros blancos mejores-- contra nuestras propias gorras. A veces, para dar animación a las competiciones, tiramos, como en Tarascón, con un plomo determinado: con perdigón de quinta del soneto o con mostacilla del 10 del comentario de circunstancias. Pero, una y otra vez, a las gorras. Lo que nos predispone, cuando nuestra propia fanfarria y las rechifladas de nuestros conciudadanos nos fuerzan a marcharnos a Argelia a cazar los grandes felinos, a disparar desde un plantel de alcachofas contra un borrico o a saltarle los sesos, con nuestras balas explosivas, a un viejo y ciego león domesticado que recoge limosnas a la puerta de un convento.

P. R.

El arte abstracto es uno de tantos tópicos artísticos con que se tropieza todos los días, y a cuya inteligencia se puede llegar desde muy distintos puntos de partida.

Este arte, calificado de revolucionario por los críticos más propicios a la benevolencia y de delirante por los escépticos trascendentalistas, es, en su esencia, una degeneración del Surrealismo.

Si nos paramos a analizar la palabra ABSTRACCION y sus diferentes aplicaciones, veremos que «abstraer», en términos filosóficos, significa expresar una cualidad separada de todo sujeto; o bien, presentar un objeto separado de su individualidad. De este modo, tendremos tres grados de abstracción:

Primero. --Abstracción por generalización sobre los individuos.

Segundo. --Abstracción por generalización sobre las relaciones.

Tercero. --Abstracción sobre las cualidades de las cosas.

Visto esto, si analizamos el arte abstracto, veremos que es técnicamente imposible plasmar en el lienzo, barro o cualquier materia plástica, individualidad alguna separada de la configuración de su soporte físico. De donde se deduce que el arte abstracto no puede representar retratos ni escenas determinadas, y que si alguna vez se pretende hacer creer que se ha representado un individuo o cosa concreta, nos encontramos ante un intento de mixtificación estética.

Así, pues, la finalidad del arte abstracto no es otra que la de proporcionar sensaciones del orden de lo que experimentamos al asomarnos a una puesta de sol. Nuestra percepción se siente embargada por una emoción indefinida, sublime; nuestros sentidos se llenan precisamente de abstracción. Porque no apreciamos si

en tal o cual arbusto los rayos solares se descomponen en maravillosos elementos cromáticos, o si tal o cual monte los refleja; no, no reparamos en eso, sino que recogemos la idea del ambiente despojado de todo detalle individualista. Pero si esto es abstracción, entonces Velázquez, Van Gogh y tantos otros pintores, son abstractos.

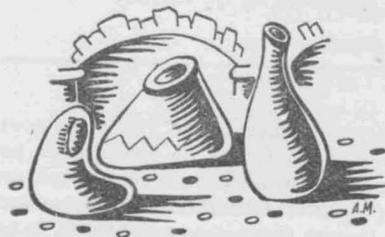
Atendiendo al segundo grado de abstracción, o sea por generalización de las relaciones, tendremos que si en una obra abstracta se quiere representar un paisaje, esto es, se quiere representar este paisaje en abstracto, han de ser plasmados solos los efectos luminosos, prescindiendo totalmente de formas. Y esto es materialmente imposible, pues sin forma no hay representación estética.

Ahora bien: si representamos un grupo de individuos despojados de su individualidad, habremos acertado a formular el primer grado de abstracción; a continuación, si a estos individuos fuese posible desconectarles de su acción, o sea que no adoptaran postura alguna, habríamos plasmado así el segundo grado de abstracción. Y si a estos individuos se les pudiese representar sólo por sus sentimientos, entonces estaríamos a punto de conseguir la plasmación de la abstracción pura. Pero por desgracia esto es imposible; se puede dibujar, pintar, esculpir un ser preso de una emoción, pero una obra de este género no sería arte abstracto; arte abstracto sería la representación de la emoción pura, y la emoción pura, la emoción como categoría ontológica, no tiene forma ni color.

El día que un artista consiga una obra en la cual, prescindiendo casi totalmente de formas y de dibujo, y ateniéndose sólo a impresiones de color, produzca una sensación determinada, entonces tiene derecho a decir, con muchos elementos de juicio a su favor, que su pintura es abstracta.

Pero querer representar cosas intrínsecamente individualizadas, querer representar cosas concretas bajo términos abstractos es imposible. Pues todo lo concreto representado bajo el signo de la ABSTRACCION, ES: COMO MUCHO, «DEFORMACION».

FERNANDO GILES



NOTAS

El peligro de las citas en literatura

Puede afirmarse sin grandes reparos que el empleo abusivo de las citas en literatura encierra, entre otros, el grave peligro de que se nos anule intelectualmente, siempre en aquellos aspectos en que más fluida y espontánea debiera brotar la creación pensante.

De acuerdo que las palabras dichas o escritas por otros hombres en análoga situación espiritual que la nuestra o a impulsos de móviles idénticos, son como los contrafuertes en los que apoyamos una solicitud y con los que pretendemos realzar o, simplemente, salvaguardar una concepción original.

No menos de acuerdo que el júbilo del hallazgo, casual o perseguido, se hace incondicionalmente preciso para seguir abriendo senderos en las zonas vírgenes o semieploradas del pensamiento.

Pero también es gran verdad que el acopio de citas, la antologación por sistema, el reiterado manejo de frases hechas, nos deja a merced de un viento de contradicciones, consiguiendo así una deshonrosa equiparación a tantos hombres cuyo único capital de ideas lo tienen inicial y hasta íntegramente adquirido en concepto parasitario. Así pasan por acaudalados intelectuales tantos sujetos, cuando no son sino mendigos y merodeadores vulgares de la propiedad ajena.